

# La jetée

Mauricio Molina

Quién no ha sentido lo que Borges alguna vez llamó la “nostalgia del presente”. Quién no ha pensado en cambiar un momento del pasado para transformar la vida actual. Tal es el tema que aborda el cineasta francés Chris Marker en su visionaria cinta titulada *La jetée*.

*La jetée* es un experimento formal inigualable: el espectador observa una serie de fotos donde aparecen los personajes y una voz en *off* va narrando los hechos. La narración es profundamente literaria y bien puede leerse como una excelente muestra de la prosa narrativa francesa del siglo XX. El resultado es una obra maestra de la composición filmica bajo cuya aparente simplicidad se esconde una profunda reflexión acerca de la cinematografía y el acto de narrar. El efecto primordial se encuentra en el uso narrativo de la foto.

Filmada en el auge de la Guerra Fría, en 1962, en plena crisis de los misiles, cuando Estados Unidos y la antigua Unión Soviética estuvieron a punto de enviar a la humanidad a la Edad de Piedra, *La jetée* es una obra que de alguna manera trastocó al arte cinematográfico y entabló una relación muy interesante entre la imagen y el texto. Narrada con un estilo distante, hipnótico, de una cadencia incomparable, la película puede ser vista como un texto y como una obra cinematográfica.

El filme comienza con la imagen de un París devastado por una catástrofe atómica. Los pocos sobrevivientes habitan el subsuelo en una distopía pesadillesca controlada por unos cuantos científicos. Buscan conejillos de indias para llevar a cabo una serie de experimentos que consisten en encontrar personas que puedan recordar el mundo antes de la catástrofe de una manera detallada, de modo que puedan via-

jar, mediante el uso de drogas experimentales, al pasado.

Uno de ellos, el héroe de la historia, finalmente lo logra. Se aparece de pronto en París, en la época de su infancia. Ahí encuentra a una mujer de la que se enamora. El deseo lo hace viajar constantemente en busca de esta mujer. La misión ha tenido éxito. Los científicos infieren que si es po-



sible viajar al pasado, también es posible hacerlo hacia el futuro, y aquél era el propósito del experimento: lanzar emisarios en el tiempo con el fin de pedir ayuda al pasado y al futuro para el rescate del presente.

El destino trágico del personaje lo lleva a presenciar una paradoja: asistir a su muerte vista desde un recuerdo perdido en su propia infancia.

A partir de aquel cortometraje y, muchos años después, han aparecido diversas variantes. La más aproximada es *Doce monos*, de Terry Gilliam, pero podemos encontrar la influencia del filme de Chris Marker en películas que van desde comedias como *Volver al futuro* o *Click*, hasta sagas como *Terminator* o películas de culto como *The Jacket* o *Donnie Darko*.

Habitamos las ruinas anticipadas del tiempo que se va. Todo lo que nos rodea está condenado a desaparecer. El futuro y el pasado se adivinan. Tiempo dislocado. Instantes dispersos. Mientras tanto la vida continúa irremisible y de pronto nos damos cuenta de que ya pasaron seis meses, un año, toda una vida. La memoria intenta recuperar los girones de una existencia desperdiciada, de un amor perdido en el pasado, de un momento de felicidad, de una persona que ya no está con nosotros. El tiempo en fuga permanente nos atravesará. Un instante dura milenios y una eternidad puede suceder en un segundo. El malestar frente al paso del tiempo tiene que ver ante todo con nuestras expectativas inmediatas. La actualidad de lo que ocurre es relativa y los hechos, fantasmales, hacen lo que pueden.

Filme de culto, experimento de gramática cinematográfica, fusión de literatura e imagen, *La jetée* es uno de esos filmes cuya capacidad de asombro permanece intacta. **U**